

Distinta es la posición del exiliado interior de Gorki: «Dado el carácter internacional de la ciencia, los hombres de ciencia constituyen hoy la única comunidad internacional realmente existente. Los hombres de ciencia, ingenieros, especialistas, en vista de sus conocimientos profesionales y la particularidad de su posición, poseen una vasta y profunda comprensión de los beneficios de la ciencia y la tecnología. Además, son conscientes de las tendencias positivas o negativas del progreso general y de sus posibles consecuencias. Son colosales las reservas para la aplicación de los recientes progresos en física, química, bioquímica, tecnología e ingeniería, informática, medicina y genética, fisiología e higiene científica, microbiología, comprendida la industrial, de nuevos principios de organización de la industria y la producción agrícola, en psicología y otras ciencias exactas y humanísticas. Todavía más se puede esperar de la ciencia y la tecnología del futuro. Todos nosotros tenemos el deber de contribuir a la plena realización de aquellas conquistas y su ulterior desarrollo en un mundo donde la vida de la mayoría de las personas es todavía muy dura, donde tantos están amenazados por el hambre y la muerte prematura»²⁷. Es impresionante cómo este disidente tenaz que parece embebido en espíritu utópico vista la trayectoria de su actitud y su lucha, puede aproximarse con verdadero sentido realista a la naturaleza de los problemas de la humanidad. Lejos estamos de la utopía-ciencia ficción animada por el «shock» del futuro y por las extravagancias progresistas de la «tercera ola», de un Alvin Toffler. El cual olvida el poder que tiene el hambre, la miseria y la muerte prematura en el mundo para dinamitar el inefable optimismo de la «tercera ola».

En efecto, el problema está configurado esta vez en su perspectiva más amplia. Por cuanto en sus puntos culminantes la disidencia se resuelve como problema y como planteamiento de la libertad, en términos de exilio, interior y, sobre todo, exterior, es desde luego interesante considerar la lucidez realista con que Sajarov plantea los problemas del poder, de la libertad y de la dignidad de la persona humana, no solamente en Rusia sino en el mundo, en su aspiración a una unidad planetaria. Por lo menos una unidad de perspectiva. La situación tiene, en efecto, esta amplitud, vista más de una vez con generosa y lúcida penetración: «El oleaje de cinismo que amenaza asfixiar al mundo moderno, escribe Félix Grande —en un sugestivo paralelismo Solshenitsin-Onetti—, ha extraviado hasta el sentido del ridículo. Esta civilización maltrecha y bárbara puede desmoronarse mediante el espeso servicio de la contaminación, la injusticia, la guerra nuclear; puede desmoronarse también atragantada por el tamaño de sus propios embustes. Hubo un tiempo en que los poderosos mentían a sabiendas, pero tratando, a la vez, de engañar. Después vino otro tiempo en que mintieron más o menos sin darse cuenta, a gran velocidad, haciendo de la producción de embustes una formidable industria, con sus patentes y sus monopolios y sus tentáculos y satisfechos accionistas; éstos, al menos, aún se engañaban a sí mismos. Hoy la mentira consiguió una alzada aproximadamente olímpica: se miente sabiendo que no se engaña a nadie, pero con entusiasmo, con ternura y con fe por la mentira.

²⁷ Cfr. *Omaggio a Sacharov, cit.*, pág. 39.

Y con odio y espanto y desprecio por la verdad. Es ya una profesión. Es ya una orgía. Es ya una concepción del mundo»²⁸.

XII

Sobre el trasfondo de crisis moral universal perfilada en estos términos, convendría buscar una delimitación actual del fenómeno de la disidencia, en cuanto lucha por la libertad en carne viva o de carnes abiertas. Naturalmente hay varias disidencias, muchas disidencias, con miles de experiencias personales. Ellas son reflejo de la situación del mundo. De todo el mundo, donde el mundo soviético con sus peculiaridades es sólo una parte. Hay un fenómeno de la disidencia pero hay al mismo tiempo miles de experiencias personales de la disidencia. Ellas representan otras tantas rupturas, con desgarró, de cara al propio mundo, igual que de cara *al mundo*. Al mundo entero. Los disidentes son dinamiteros de su mundo. Pero cuando son *echados al mundo*, nuevos procesos revulsivos se producen en ellos, con nuevos desgarró de su alma. Por ello, muchos de ellos, al hacer la experiencia del mundo y de las libertades, añoran en cierta forma su mundo de sufrimientos perdidos, y de libertades heridas en forma y en carne viva. Porque hay también miles de formas de herir la vivencia de la libertad en el hombre. No se olvide, en este sentido, la crítica, la diatriba de un Solshenitsin en el exilio, contra Occidente, sus debilidades, sus caídas y sus mentiras. Todo nace de una situación límite que define mejor que nada y que nadie, la disidencia. Así lo expresa Siniavsky en un documento escrito desde fuera, desde la libertad-exilio. «Jamás he pertenecido a ningún movimiento o comunidad disidente, y mi heterodoxia no se ha manifestado en una actividad pública, sino exclusivamente en mi escritura; que además es un tipo de escritura que inicialmente era esotérica, oscura en su estilo para el público en general y sin intenciones de evocar una abierta resonancia política»²⁹. En este marco evoca Siniavsky su disidencia durante diez años, desde 1955, hasta su arresto y proceso. Evoca la situación del escritor en la URSS, donde «la literatura es una elección arriesgada y a veces fatal. Además de que en las condiciones soviéticas el escritor que combina la literatura con el bienestar deja con frecuencia de ser un verdadero escritor».

Un escritor en busca de la libertad accede en estas condiciones al desdoblamiento de su personalidad. En su caso personal, Siniavsky tenía su *doble* al publicar sus textos fuera de Rusia, que era Abram Tertz y la caza de una y otra figura componente del doble ha ido creando en la vida de éste y otros escritores y artistas y críticos de la URSS situaciones entre detectivescas y kafkianas. Sus escritos de creación, su singular trabajo sobre Pasternak, su carrera de académico y crítico literario, a caballo entre la nomenclatura, la cárcel y el destierro, configuran concretamente esta doble personalidad, una forma de esquizofrenia histórica y existencial, que se torna la característica ontológica de la misma disidencia como proceso psicológico y social. Se trata de una

²⁸ Cfr. FÉLIX GRANDE: *Elogio de la libertad*, Selecciones Austral, Espasa-Calpe, Madrid, 1984, págs. 227-228.

²⁹ SINIAVSKY: *Op. cit.*, pág. 5.

«personalidad dividida» con cierta propensión por las situaciones difíciles y peligrosas. Se trata esencialmente, desde el punto de vista de la creatividad, de una *disidencia estética*. Así formulada claramente: «Escribir como es costumbre, o como es ordenado simplemente, no me interesa. Si me pidieran que describiera la vida ordinaria en un estilo común y realista preferiría dejar de escribir. Ya que ni la política, ni la sociología son mis disciplinas, se puede decir irónicamente que mis desacuerdos con el gobierno soviético son básicamente estéticos. En consecuencia, Abram Tertz es un disidente, antes que nada, por sus cualidades estéticas. Sin embargo, es un disidente descarado, incorregible, que provoca indignación y repudio en una sociedad conservadora y conformista».

Pero el hecho específico de la disidencia rusa resulta que en realidad no es tanto. El escritor, el hombre dado a las tareas del espíritu, participa de por sí en un proceso de disidencia interior y en su estar en el mundo. Un carcelero ruso dijo un día que todos los grandes escritores deberían estar en un manicomio por perturbar el desarrollo normal en el orden moral de la vida. Siniavsky brinda cierta confianza a las razones de aquel carcelero ruso. Tanto más por cuanto en una sociedad uniformada el escritor es una especie de criminal. En la cárcel alguien le dijo a Siniavsky con respecto a su trabajo literario: «Hubiera sido mejor que hubieras matado a alguien». Todo ello simplemente por el escueto hecho de pensar de manera «diferente» de la jerga y el estilo oficial. Por ello, los disidentes intelectuales son en la URSS y su lenguaje de leyes, «criminales de Estado especialmente peligrosos.» Pero la disidencia, así configurada, es algo nuevo incluso en Rusia. Es algo que pertenece a la edad poststalinista. Antes estas mismas personas, con sus intenciones o sus hechos, eran otra cosa: eran «herejes». Así o algo así eran Mandelstam, Babel, Ajmatova, Pasternak. Prefiguradores del espíritu de la disidencia, donde se inscriben escritores, físicos y artistas, desde Solshenitsin hasta Sajarov, Orlov o Siniavsky, Amalrik, Medvedev (Roy), Tarkovsky (cineasta autor del magnífico fresco cinematográfico «Andrei Rubliov»), Rostropovich o Nureiev. Disidencia: «Fenómeno absolutamente nuevo, que surgió de la realidad soviética. Son gente criada en la sociedad soviética, hijos del sistema soviético y que entraron en conflicto con la ideología y la psicología de sus padres». Ellos representan una visión de la sociedad soviética desde dentro, con una implícita y natural reacción contra ella y sus males. No es, por tanto, «una oposición política que lucha por el poder».

XIII

Se trata, por tanto, de una actitud moral e intelectual, donde la lucha contra el poder apenas se insinúa. Y el hecho es tanto más significativo, por cuanto la acción del poder contra la disidencia no ha tomado la forma extremada de represión y terror característica en la lucha anterior contra «herejes» y «renegados». Así se explica un tipo de disidencia que entre la causa de la política y el poder y la causa del arte y la cultura, opta por esta última causa. El combate contra el Estado se realiza en cuanto el Estado más que elemento devastador de la sociedad aparece como demiurgo devastador de la cultura. Antes no hubo ningún «hereje» que se declarara inocente en

los procesos y las «purgas». Todos o casi todos los disidentes se declararon inocentes en sus procesos e interrogatorios y bajo los procedimientos psiquiátricos y otras formas, viejas o renovadas de tortura. Y con esta simple actitud, la unidad monolítica del mundo contra el cual ellos luchan se ha roto. Por primera vez. Pero el drama de la disidencia, porque sí hay un drama, no se consume ni en los padecimientos, ni en los interrogatorios, ni en la pérdida de todos los privilegios y la reducción al hambre para ellos y sus familias, ni en las cárceles. El hecho tiene lugar cuando el gobierno ruso procede con gran habilidad a su expulsión. Es la única vía para quitar ejemplaridad a su acción. El mismo exilio y la subsiguiente existencia exterior de los disidentes, crean una segunda etapa de la disidencia misma. Su aventura exterior. Con sus éxitos, su popularidad en el mundo libre, su desarraigo. Es una especie de NEP cultural. Un respiro del poder, en la intencionalidad de realizar luego otro «salto adelante». Con la primera NEP (nueva política económica), Lenin buscó un respiro a través de una vuelta conservadora en la marcha de la revolución. Es la «tregua», una nueva forma de tregua, como la define el propio Siniavsky. Después de la primera tregua, la «económica» de los años veinte, «la revolución degeneró en su contrario, en un sistema burocrático pequeño burgués». En su nueva «tregua» a los disidentes exteriores nada les amenaza más que su decadencia personal en cuanto disidentes. Porque, así, en la tregua de la libertad y el bienestar, «la idea de *disidencia* en sí misma se desvanece y pierde su aire heroico, romántico y moral. No resistimos ni anticipamos nada, sólo agitamos nuestro puño al aire en la creencia de que estamos llevando a cabo una batalla por los derechos humanos».

Es indudable que el destino de los disidentes en el «pandemonium» de las emigraciones que traducen todo o casi todo en «tempestades en vasos de agua», pertenece al dominio de la melancolía. Y en la lucha, nada está más lejos de la eficacia que la melancolía. Incluida la situación de la lucha en términos poéticos o llevada adelante por los poetas. Por ello, con segura intuición, Solshenitsin se opuso en su día tenazmente al destierro. Por ello, desde su exilio interior, Sajarov se opone tenazmente y por encima de todo a su propio destierro. Pasado y presente son tales en la lucha, no en la melancolía. O traspuesto todo en términos poéticos que quisiéramos en esta ocasión reasumir. «Antaño y Este Año ¿quién irrumpe ya en el escándalo / En la Academia, en las tabernas, en el circo de las nomenclaturas?».

JORGE USCATESCU
O'Donnell, 11
28009 MADRID